



Con boleto de regreso

Cecilia todavía. Beatriz Novaro.

Gabriela Yanes Gómez

El título de la primera novela de Beatriz Novaro trae ecos de *Alicia ya no* de la semióloga Teresa de Lauretis y también del término de Sigfrid Weigel: el “ya no todavía no” referente a esa forma de ser de la mujer contemporánea, del hacer y hacerse de las mujeres que “ya no” son el esquema tradicional, y “todavía no” son otra forma nueva. Ese tránsito que define la falta de definición en el ser y hacer de la identidad femenina actual y en sus formas de expresarse y autorrepresentarse.

Cecilia todavía también describe un proceso en que la narradora, identificada simplemente como *L.*, recuenta su relación con Cecilia, diez años después de la inexplicable muerte de ésta última. El recuerdo es la recuperación de esa otra sin la cual la narradora se siente incompleta (“¿Qué sería de mí sin ella? Con Cecilia la vida era aventuras, sueños en voz alta,

complicidad, risas y proyectos sin proyecto. Pudimos haber escrito un libro vacío [...] coreografías llenas de aire [...] ensayos profundos sin más de dos líneas.” p. 49).

Una relación cuyo lenguaje sería siempre incompleto, faltante de algo, silente quizá. El resultado de esa relación es ahora esta pequeña novela, delicadamente reconstruida, cuidadosamente escrita en un lenguaje que se parece al encaje por lo exquisito de su tejido. Muy lejos, por cierto, de esa literatura de supermercado, escrita por mujeres, que banaliza la realidad femenina, la trivializa de tal manera que se describe como literatura “kleenex” por desechable, “yogourt” porque lleva fecha de caducidad y “light” por la increíble ligereza de su contenido. Ciertamente la densidad y complejidad de la violencia sexual, de la maternidad, la sexualidad, el envejecimiento (que en nuestra cultura cada vez más implica elementos de autodevaluación), la soledad, son temas más densos y menos supermercables.

La historia de estas dos adolescentes que despiertan un día a la belleza de sus cuerpos, a la mirada del otro, por donde atraviesa el deseo, la maternidad, se estructura a manera de espejo, (“Yo, su lado cómico y ella, mi lado trágico.” p.

39) característica del trabajo de guionista de Beatriz con su hermana María, cineasta. Entre las dos han creado algunas de las cintas más interesantes en la producción filmica mexicana hecha por mujeres en esta última década.

En el espejo de Cecilia, *L.* encuentra una felicidad que las embriagaba en una edad en que ser jóvenes y bellas parecía un panorama inacabable hasta que viene la muerte repentina de Cecilia, hasta que nos topamos con vidas en pareja que han dejado desilusionadas a toda una generación (“Nuestra vida en pareja: la gastritis y yo.” p. 76). *L.* se hace las preguntas y sobrevive. Sobre todo, sobrevive esperando un amanecer distinto, con un boleto de regreso a casa.

Ahí está la madre de Cecilia, el otro espejo donde nos miramos las mujeres: una loca que no pudo con su sexualidad, cuyas emociones la desbordaban hasta que los medicamentos se encargaron de hacerla “manejable”. “La hubiera querido aventurera, mota, borracha, marinera en el mar Adriático, puta del Mocambo, *vedette* en la Doctores. Dice. Pero no paralizada por su propia mano. Asustada de estar viva.” (p. 69). Esa madre fantasmal es la piedra que verdaderamente le pesa a Cecilia, ahogada en El Caribe. O quién sabe. El enigma (“el jeroglífico es nuestro rasgo distintivo frente al otro, nuestra tarjeta de presentación”, p. 89) perdura aún después de diez años, *todavía*.

¿Qué energía impulsaba a una mujer joven, bella, feminista, a danzar por el mundo como un papalote, sin rumbo, accidentada, por las nubes? Una figura así suele ser fascinante: camina siempre cerca de un precipicio que no logramos ver hasta que es el desfiladero de donde rescatamos algunos fragmentados recuerdos de alta densidad, junto a un cadáver inerte.

La narrativa de Beatriz Novaro, en ésta su primera novela, alejada del “show biz” cinematográfico y quizá a la sombra de su hermana María, se desenvuelve, sin embargo, con los mismos mecanismos con los que ha trabajado sus premiados guiones de *Lola*, *Danzón* y *El jardín del Edén*: en una dualidad narrativa en la que el corazón de una está conectado al de la otra. *Las dos Fridas* aparecen como ref-





erencia visual en *El jardín del Edén* puntualizando esa simbiótica relación en la que María y Beatriz Novaro han elaborado imágenes entrañables de la mujer mexicana de este atormentado fin de siglo. La Lola que camina de madrugada por una ciudad indiferente cargando a ese bulto de una maternidad que pesa tanto a solas, la complacida Julia que contempla a un amante desnudo tranquilamente dormido —mitad creyéndose el placer, mitad dudando de un futuro incierto y también muy solitario—. Las tres mujeres varadas por distintos motivos en Tijuana esa “tierra de nadie” donde se debaten sus propias identidades: estar acá detrás de una línea divisoria que abre el horizonte a un deseo inacabado. Estos trabajos se dirigen directamente a la problemática de las mujeres que se autorrepresentan ahí. Lo hacen con una honestidad desgarradora, sin maquillaje, a veces con humor, ciertamente sin sacarina.

La banda sonora puede tener a Pergolesi de fondo, a los danzones o a un Wim Mertens desgarrador en *Strategie de la ruptura*. Hay un dolor latente en esta escritura que es ruptura por definición: es el ya no todavía no, una transición sin anestesia que nos tomó por asalto a una generación que creyó en la libertad sexual como opción, que vivió con euforia el feminismo (“Cuántas tardes pasamos frente al mar de oro hablando del otro mar, el femenino, el mar de mujeres aplastadas por la sociedad, del cual nos alejábamos con gusto para pensarlo y redimirlo.” p. 49) hasta que la gastritis se instaló en nuestras entrañas, hasta que la vida en pareja se desmoronaba sin que pasáramos del primer hijo y la soledad se instalara en nuestra casa sin pagar renta.

Pero en este dolor reconocemos un ser mujeres: nos miramos en el espejo del horror reconociendo la mueca o la máscara. Las que sobrevivimos caminamos con una esperanza terca. En Beatriz Novaro es la esperanza de la escritura, su timón de arena. Un timón que ahora tomamos por asalto: “Necesito escribir lo que me pasa porque si no, siento que soy el invento de algún ocioso. Y la ociosa soy yo (que nadie me desplace. [...]) No

me interesa ser un personaje de alguien más, y como no estoy segura de no serlo, escribo.” (p. 27)

Cuando hacíamos referencia al texto de Teresa de Lauretis *Alicia ya no*, nos referíamos a su tesis de que hemos sido el sueño objeto de deseo de otros. Hasta que tomemos las riendas en nuestras manos el deseo no dejará de ser de otro. Así, queremos ser mujeres y no morir en el intento como nuestras madres “frías, solas, locas.” (p. 48), adjetivos comunes para describir la condición tradicional de las mujeres. Adjetivos con los que seguimos peleando cotidianamente para que su pestilencia no se nos pegue.

Seguramente las mujeres que escogemos ser ahora son monstruos: “Un día creamos nuestro propio Frankenstein. Hicimos un dibujo con los senos de X, la sonrisa de Y, y los cabellos de Z. Nuestro

dibujo era imperfecto pero lograba dar una idea de lo que ocurre cuando las mujeres eligen piernas, nalgas, senos, narices y hasta ojos, en el menú de un cirujano estético. Monstruos de sí mismas.” (p. 25)

Así que las mujeres que salen de nuestras computadoras, de nuestros videos o de nuestro cine no parecen del todo acabadas. Como en *Thelma and Louise*, la autoinmolación es una tentación muy cercana ante la cerrazón masculina. Fue el caso de Cecilia, pero L. tiene el boleto de regreso. Deja a R. tranquilamente saboreando a su mujer y su hija sin contradicciones y ella regresa de Torreón sosteniendo la cabeza de un extraño dormido sobre su hombro en el camión y sonriendo ante la falta de lluvia, esperando el amanecer. ♦

